

MARCO D'ERAMO

TAUMATURGO FAMOSO*

La trayectoria espiritual del padre Pío plantea un reto para quienes, siguiendo a Max Weber, esperaban que el mundo se desencantase cada vez más en el contexto de la civilización capitalista moderna. También ayuda a dismantelar la idea de que la modernidad es un concepto unívoco; por el contrario, debemos hablar de modernidades plurales, simultáneas y mutuamente irreductibles. Desde la primera perspectiva, es difícil explicar el hecho de que Francesco Forgione –como Pío se llamó al nacer, en 1887– se convirtiera en el italiano más famoso del último siglo. Ni Antonio Gramsci ni Benito Mussolini pueden igualar las masas de peregrinos, varios millones al año, que visitan San Giovanni Rotondo para rezar ante la tumba de Forgione. ¿Cómo pudo este sureño enfermizo y poco culto alcanzar tanto renombre universal? Los detalles de su vida se han reproducido incansablemente en medios de todo tipo. Pero esta traducción de la sobresaliente biografía de Sergio Luzzatto da a los lectores anglófonos la primera oportunidad de consultar un estudio serio sobre el fenómeno del padre Pío, un estudio sobre el hombre y su entorno sociopolítico, basado en la amplia investigación de un hábil y sutil historiador académico.

La mayoría de los libros y artículos dedicados a Forgione –Luzzatto habla con razón de una «logorrea» inspirada por el santo– se han dispuesto a confirmar o negar su santidad, su capacidad para realizar curas milagrosas de enfermos, sus legendarios estigmas. Luzzatto, profesor de historia moderna en la Universidad de Turín, declara en el prefacio del libro su intención de evitar dichos temas: «Todos los que busquen respuestas –afirmativas o negativas– a si los estigmas o los milagros fueron “reales” harían bien en cerrar este libro de inmediato. Los estigmas del padre Pío y sus milagros no nos interesan tanto por lo que nos cuentan de él como por lo que nos dicen del mundo que lo rodeaba». Y ese mundo nos mostraba –y nos muestra– un ansia desesperada por creer en lo sagrado y en lo sobrenatural. Heine y Nietzsche fueron los primeros en hablar de la «muerte de Dios» y algunos filósofos llegaron en la década de 1960 a formular una «teología de la muerte de Dios». Esta noticia de la mortalidad divina resultó tan equivocada

* Sergio Luzzatto, *Padre Pio: Miracles and Politics in a Secular Age*, Nueva York, Picador, 2011, 371 pp.

como la teoría del desencanto formulada por Weber: no sólo Dios no ha muerto, sino que todos los diferentes dioses siguen prosperando, como atestiguan la rápida difusión del pentecostalismo por todo el mundo, la fuerza del fundamentalismo cristiano en el hipertecnológico y capitalista Estados Unidos, la popularidad de los movimientos islamistas y el Partido Janata indio. Prosperan las supersticiones, las creencias a la medida de cada uno y todo tipo de magia. ¿Quién, a comienzos del siglo xx, habría esperado que cien años más tarde algunas sectas cristianas tuvieran más seguidores que todos los partidos del movimiento obrero mundial juntos?

Francesco Forgione nació en la aldea de Pietrelcina, en el sur de Italia, unos 90 kilómetros al este de Nápoles. En todos los años que precedieron a su muerte en 1968, nunca se alejó más de 120 kilómetros de su lugar de nacimiento. Se hizo novicio a los quince años e ingresó en la orden de los capuchinos dos años después. Tras lograr hacer su servicio militar muy lejos del frente durante la Primera Guerra Mundial, consiguió que lo licenciasen por incapacidad física y entró en el convento de San Giovanni Rotondo en 1916, para no volver a salir de este rincón de la península de Gargano. En el verano de 1918, cuando la guerra se aproximaba a su final, aparecieron heridas en las manos y en los pies del hombre que se convertiría en el padre Pío: pronto los creyentes las interpretaron como estigmas, y las compararon con las heridas del cuerpo de Cristo crucificado.

A Luzzatto le interesan mucho los elementos de psicología de masas que crean y difunden creencias populares acerca de los poderes extraordinarios del cuerpo de cierta persona: un rey, un *duce*, un santo. Su trabajo inicial sobre la Revolución francesa estuvo influido por la obra fundamental de Marc Bloch sobre el poder sanador de los reyes franceses, y el estudio sobre el padre Pío sigue a un libro anterior, *The Body of Il Duce: Mussolini's Corpse and the Fortunes of Italy* (2005). El historiador evoca el trauma de la Primera Guerra Mundial para explicar por qué, mientras los soldados volvían del frente —muchos con sus propias heridas— se extendía la creencia de que un humilde capuchino de un convento del sur había recibido las marcas sangrantes de Cristo. El contexto inmediato de esta creencia eran, por supuesto, las supersticiones tradicionales y el culto casi folclórico a los santos entre los italianos meridionales, evocado por el escritor fascista Curzio Malaparte: «san Martín a caballo, san Jorge con su lanza, santa Lucía con los ojos en una bandeja, san Roque con sus ungüentos contra la peste, san Antonio entre los cerdos, san Cristóbal en el vado, san José con su cepillo de carpintero, santa Águeda de las siete espadas». Pero ya en la década de 1920, el culto al padre Pío se había convertido en un fenómeno nacional, trascendiendo sus orígenes sureños. La mayoría [de los peregrinos] procedía de Toscana», señala Luzzatto, «seguida de Liguria, Lazio y Lombardía, y pocos de las regiones meridionales de Puglia, Sicilia y Cerdeña». Y la creencia en el don milagroso del padre Pío tampoco se limitó a Italia: el libro de visitas de San Giovanni Rotondo en 1924 contiene ya firmas de España y Francia, Brasil y Argentina, Irlanda y Chile.

Los dolores de parto del culto coincidieron con otro acontecimiento que fijó la atención nacional en San Giovanni Rotondo: la muerte de once manifestantes socialistas por disparos de fuerzas gubernamentales en el otoño de 1920. El padre Pío no dudó en poner su autoridad espiritual del lado del «partido del orden» *–fascio d'ordine–* que se preparaba para librar batallas temporales contra la izquierda ascendente. Poco antes de la masacre, el santo había salido de su convento para bendecir los estandartes de los derechistas veteranos del ejército en la ciudad. A continuación recibió a Giuseppe Caradonna, destacado fascista sureño cuyos *squadristi* transformaron los conflictos políticos de Puglia en una guerra civil unilateral, y que también participaron en la marcha sobre Roma. Como recuerda Luzzatto, el gran enemigo de Caradonna en la región era el sindicalista Giuseppe Di Vittorio; nacido cerca de San Giovanni Rotondo, Di Vittorio se convertiría en un «santo laico» para el movimiento obrero italiano, y su foto circulaba entre los militantes de clase obrera tanto como las imágenes del padre Pío entre los creyentes. (Tras la muerte de Di Vittorio, en 1957, los hagiógrafos de Pío hicieron infundadas afirmaciones de que había planeado visitar al fraile: ni siquiera un comunista podía escapar del abrazo divino).

Por muy empeñado que Forgione estuviese en defender el orden establecido, su inmensa popularidad no era ni mucho menos fuente de regocijo para el Vaticano. Uno de los temas principales del libro de Luzzatto es el conflicto entre la religiosidad popular inspirada por el padre Pío y la desconfianza de la Iglesia institucional. El fraile soportó varios años como «prisionero del Vaticano», obligado a aislarse de los seglares por estrictas órdenes de la jerarquía eclesiástica. Durante ese periodo, algunos de los partidarios más entusiastas de Pío sugirieron que podía convertirse en un moderno Savonarola, purgando una Iglesia «decadente» de sus mundanos líderes, mientras que los leales al Vaticano lo comparaban con Rasputín. Pío XII –cuya dudosa relación con las potencias del Eje sigue constituyendo una fuente de ocasional incomodidad para la Iglesia– fue el primer papa que abrazó al padre Pío y dio rienda suelta a su culto. Esto coincidió con la conversión de Pío en celebridad mundial en el periodo siguiente a la Segunda Guerra Mundial. Antes de la guerra recibía 9.000 cartas anuales; para 1945, eran 40.000 las que llegaban cada año a San Giovanni Rotondo, y las cifras seguían creciendo.

La historia del hospital construido bajo supervisión de Pío, la Casa Sollievo della Sofferenza, ilustra su paso de la categoría de forajido a la respetabilidad dentro de la Iglesia. El proyecto empezó con una enorme donación, en el periodo de entreguerras, de 3,5 millones de francos a los capuchinos por un seguidor muy devoto de Pío, un tal Emanuele Brunatto, que había trabajado como confidente de la policía secreta de Mussolini y se había enriquecido en el mercado negro de la Francia ocupada suministrando mercancías de lujo a los oficiales alemanes. Un hagiógrafo citado por Luzzatto prefiere pasar por alto estos detalles indecorosos: «Nunca ha estado claro de dónde procedía esta cantidad de francos, tan grande para aquellos

tiempos». Pero la obra del hospital se terminó después de la guerra con ayuda de una nueva patrocinadora: Barbara Ward, redactora extranjera de *The Economist*. Católica devota que en 1947 había visitado San Giovanni Rotondo y quedado «prendada» del padre Pío, Ward era también la prometida de Robert Jackson, subdirector de la Administración de Socorro y Rehabilitación de Naciones Unidas (UNRRA). Sus esfuerzos de presión, unidos a los del Vaticano y los cristianodemócratas, consiguieron que la Casa Sollievo della Sofferenza recibiese 250 millones de liras del UNRRA; por contraste, toda la organización de la Cruz Roja italiana recibió sólo 130 millones de liras. Cuando se aproximaban las cruciales elecciones de 1948, las autoridades estadounidenses comprendieron el valor propagandístico de efectuar una gran donación al padre Pío, que de ese modo se halló a cargo del hospital mejor equipado del sur de Italia.

Luzzatto describe los diez años posteriores a 1948 como la «edad de oro» del culto al padre Pío. San Giovanni Rotondo y sus entornos experimentaron un auge turístico provocado por la llegada de peregrinos desde todos los rincones del mundo para rendir homenaje al capuchino obrador de milagros. Fue el primer santo católico inserto en el sistema del famoseo, el primero en ascender simultáneamente al cielo y al estrellato. Pío se convirtió en favorito de los *rotocalchi* –los semanarios que tienen la misma función en Italia que los tabloides anglófonos, llenos de fotos de famosos y cotilleos–, que mostraban su foto en portada, junto a la de Claudia Cardinale. Le pedían la bendición deportistas como el ciclista Gino Bartali y el piloto de carreras Tazio Nuvolari. En la edición italiana del libro, Luzzatto traza paralelos entre el prestigio icónico de Pío y el del Che Guevara o Marilyn Monroe; la comparación sin duda le parecería tan estrambótica al lector anglosajón que el traductor prefirió eliminarla del texto en inglés.

Otra afinidad que viene a la mente es la existente entre Pío y Diana Spencer, entre un santo que era también una estrella y una estrella que era también una santa. En ambos casos el cuerpo –y su sexualidad subyacente– desempeñó una función crucial. Cada uno de ellos fue visto, contra toda lógica, como un enemigo de la clase dirigente. La emoción popular que los rodeaba se desarrolló *en contra de* las instituciones tradicionales, ya fuesen la monarquía o la Iglesia. Diana fue aclamada como adversaria de la familia real británica, mientras que el padre Pío fue considerado «santo popular» en oposición a la jerarquía del Vaticano. Aunque su carácter público expresaba lo que en Italia se conoce como «clérico-fascismo», los creyentes siguen atribuyendo a Pío un corazón inclinado a la izquierda. A pesar de que dio su bendición a los *squadristi* que perpetraron la masacre de San Giovanni Rotondo, yo mismo he visto su imagen en muchas sedes meridionales de Rifondazione Comunista. Aunque a primera vista el padre Pío parece haber sido una figura profundamente tradicional, no hay nada arcaico en el fenómeno Pío, que es inconfundiblemente un producto de la edad moderna. La Casa Sollievo della Sofferenza, con todos sus adelantos, y la propia incorporación de Pío al sistema del estrellato, son ejemplos perfectos del carácter plural de la modernidad antes se-

ñalado, y de lo que el fallecido estudioso alemán Reinhard Koselleck denominó «la simultaneidad de lo no contemporáneo».

Luzzatto describe con notable habilidad la trayectoria y la importancia de la vida de Pío. Quizá deba lamentarse que el libro se concentre tanto en el periodo 1919-1939, que ocupa casi dos tercios de su extensión. Aunque el autor reconoce que la celebridad del padre Pío es en gran medida un fenómeno de posguerra, los restantes 28 años de la existencia del santo, y las cuatro décadas transcurridas desde su muerte, son objeto de un tratamiento demasiado conciso. Este desequilibrio tiene raíces subjetivas y objetivas: Luzzatto está especializado en la historia de la época fascista, y los archivos vaticanos posteriores a 1939 todavía no están abiertos a la investigación. El gusto y la disposición quizá influyeran también: parece que Luzzatto se siente más cómodo entre documentos de archivo, correspondencia, informes policiales y documentos de embajada, que con la cultura de los tabloides, las baratijas religiosas y los objetos de recuerdo: más cómodo con la historia que con la antropología.

El ascenso de Juan XXIII al papado trajo consigo nuevos intentos de circunscribir el culto a Pío. El nuevo papa ordenó investigar los rumores de incorrección personal e intentó reducir las escenas indecorosas en San Giovanni Rotondo, donde los peregrinos ansiosos por obtener un lugar en la fila de la confesión llegaban a veces a los golpes dentro de la propia iglesia. Su opinión personal sobre Pío era desdeñosa, y calificaba al fraile de «ídolo de estopa» (*idolo di stoppa*). Como comenta Luzzatto «la estopa ha servido durante siglos a la Iglesia como símbolo de la naturaleza transitoria de la vida humana, quemada simbólicamente durante la investidura papal mientras se canta *sic transit gloria mundi*». La metáfora era, señala el autor, «despiadada». Pero Pío sobrevivió cinco años a Juan XXIII, y su gloria póstuma quedó asegurada al convertirse Karol Wojtyła en papa, en 1979. El sacerdote polaco había visitado por primera vez San Giovanni Rotondo en 1948 y conservó una inquebrantable devoción a Pío. La beatificación de Forgione en 1999 marcó la victoria definitiva de sus seguidores dentro de la Iglesia, tras ocho décadas de enfrentamiento. En la plaza de San Pedro, una multitud de un millón de personas oyó a Wojtyła referirse al padre Pío como «la imagen viva de un Cristo sufriente y resucitado». Hoy, comenta Luzzatto, la diminuta capilla donde Pío comenzó su trayectoria monástica ha sido sustituida por «un templo de cristal y cemento del siglo XXI», diseñado por Renzo Piano, «suficientemente grande como para albergar ocho mil fieles y con espacio para muchos miles más en la plaza exterior».